

UNA VIDA DE PELÍCULA:

LA DEL

Sr. Márquez

La vida aventurera DE un Vitoriano

As de la aviación. - Escultor
en el monumento de Lenin. -
Con Rommel en el desierto
como espía alemán. - Piloto
de la C. N. T. en Barcelona. -
Habla de todo... hasta
español



Lo encontramos por casualidad. Y todo se debió a un pinchazo poco antes de Tudela. Mientras nos reparan el mismo decidimos visitar la localidad y nos metimos a ver la catedral. Allí estaba con un martillo y un cincel esculpiendo el capitel de una columna. Y como en el curso de la conversación advirtiera que éramos de Vitoria exclamó jubiloso:

—Yo también soy de Vitoria.

—¿De qué familia?

—Vera. Mi padre era escultor y fue a Vitoria a trabajar a la catedral que entonces se empezaba a construir; también trabajó en el Asilo de las Nieves. Y allí nació yo... En Vitoria.

—¿Dónde fue bautizado?

—En la Parroquia de San Pedro.

—Y, ¿en qué cañes vivió?

—Entonces en Vitoria no debía de existir el problema de vivienda porque recuerdo que viví en varias casas, y de todo ello tengo un recuerdo un poco vago. Viví encima del Círculo, en la calle de Postas, y en la calle de San Prudencio, y cerca del "Juego de Pelota" frente a la cordelería, cerca de la catedral.

—¿Y a qué colegios fue?

—Creo que se llamaba Colegio del Sagrado Corazón, y estaba cerca de la Diputación.

—¿Recuerda a sus amigos de la infancia?

—Apenas. He mantenido amistad con el Sr. Bataller que trabajaba últimamente en la Azucarera de Vitoria; he guardado amistad con hijos de otros escultores con los que me he visto con alguna frecuencia en París y Barcelona.

—¿Influyó Vitoria en su vida?

—De una manera definitiva. Si soy escultor y aviador, en parte lo debo a Vitoria. Posiblemente la escultura la hubiera practicado en cualquier parte; pero ya nació a la sombra de la ca-

tedral de Vitoria donde por aquel entonces se habían reunido los mejores escultores de España, y para los doce ya modelaba figuras interesantes tanto que... Mire ahora la influencia de Vitoria. En nuestro pueblo conocí mi aptitud para la escultura el Duque de la Victoria, el cual iba a Vitoria con mucha frecuencia; y éste me apadrinó y mandó con 12 años a estudiar a Roma. Fíjese si la circunstancia de nacer en Vitoria me fué favorable.

—¿Y lo de aviador...?

—Hombre, lo de aviador... Si Vitoria fue la pionera de la aviación en España. Los primeros aviadores franceses que llegaban de Francia no encontraban pista de aterrizaje decente hasta el campo de Lacua. En Vitoria se construyó el primer avión por Don Heraclio Alfaro en 1914, un monoplano creo recordar. Y hasta funcionó una Escuela de Aviación, la Escuela Garnier donde Alfaro daba clases. Allí recibí con Vedrines y Garnier el bautismo del aire, un domingo por la mañana.

—¿Y dónde aprendió a volar?

—En Italia con los Hermanos Pinzotti.

—¿Y dónde ha destacado más, como piloto o como escultor?

—Como piloto he llegado a ser un as de la aviación alemana aunque parezca mentira. Más aún en una ocasión llegué a quedar en el puesto tercero y en el concurso mundial de acrobacia aérea... con aquellos aviones. Y en 1929 quedé en segundo lugar.

—¿Y en escultura?

—Ni yo mismo sabría decir qué es lo que mejor he hecho en escultura. El arte no es como un concurso de aviación en que la calificación te la dan tan pronto como se termina la competición. Hay artistas ignorados cuyo nombre empieza a cotizar cuando ya no pueden escuchar el clamor del aplauso. Sin embargo a título de curiosidad le diré que trabajé en la construcción del gigantesco monumento a Lenin

y en la ornamentación del metro moscovita.

—¿Y cómo fue a parar a Rusia?

—Las cosas más difíciles se presentan a veces con la mayor sencillez. En Roma estuve trabajando hasta 1924. Entonces me contrataron para ir a trabajar a Alemania, y allí me empecé a distinguir con la acrobacia aérea, con ocasión de asistir a unos cursillos intensivos de aviación dados por el Gobierno Alemán. Aquello lo decidí: me ofrecieron pasar al Servicio Secreto y acepté. El año siguiente ya me había encontrado colocación como escultor en Moscú. Esta era mi ocupación oficial; pero la verdad es que me dedicaba a la labor de espionaje.

Allí permaneci hasta 1931.

—¿Y después?

—Volví a Alemania. Como experto en arte acompañé a una expedición de arqueólogos a Egipto. Bueno esta era la explicación oficial. Pero si le digo que la expedición la dirigía Rommel comprenderá que la finalidad era muy distinta. Las excavaciones que se hacían eran para detectar posibles depósitos de agua en el desierto para avituallar al ejército que participaría en la segunda guerra mundial. Esto se ha conocido mucho después, y creo que ha servido incluso como tema para una película.

—¿Y más tarde?

—Monté un taller de escultura cerca de París.

—¿Era también un pretexto?

—No era un pretexto. Trabajé solamente como escultor. Pero comenzada la guerra de España, en el mismo Julio de 1936, fui requerido de nuevo por los alemanes para pasar a Barcelona como afiliado a la C. N. T.

—¿Y su misión?

—Pasar a Francia en avión a personalidades ocultas en Barcelona, o que llegaban hasta allí para pasar la frontera.

—¿Recuerda el nombre de alguna personalidad?

—Es algo fundamental en un espía no hacer preguntas indiscretas.

—¿Terminó en Barcelona la guerra?

—No porque fui a la postre descubierto, y encerrado en una checa. En un traslado de presos logré escapar pasándome a los nacionales.

—¿Y aquí se acabaron las aventuras?

—No por cierto. Porque me detuvieron por sospechoso, y me juzgó un tribunal militar como desertor. Naturalmente pude al fin demostrar mi personalidad, y salí absuelto y felicitado por mi actividad.

—¿Y desde entonces?

—Me he dedicado a trabajar de escultor en diversas capitales de España, como Valencia y Zaragoza. Y últimamente en Pamplona al servicio del Patrimonio Nacional hasta ser contratado a la postre por la Institución Príncipe de Viana para trabajar en la restauración de la catedral de Tudela.

—¿Y Vd. que ha viajado tanto por el mundo, no se aburre en Tudela?

—El aburrimiento es algo interior, y cada uno lleva dentro de sí la alegría o el aburrimiento. Créame que estoy contento en Tudela.

—¿Qué vida hace?

—Me levanto a las seis. Voy a la orilla del Ebro; algo de gimnasia y un poco de natación. Me desayuno ocho plátanos y un vaso de café con leche. Luego diez horas de trabajo. Y a la noche doy clase de idiomas.

—¿Como profesión complementaria?

—No. Gratuitamente. Por hacer algo, por ayudar a la gente.

—¿Dónde da las clases?

—En un almacén. Las mesas y los bancos son cajones que nos han dejado los Hermanos Jiménez, unos navarros de pura cepa.

—¿Y alumnos?

—Unos cuarenta de todas las clases sociales y de todas las edades. Tengo niños de nueve años que a los tres meses ya sostienen una pequeña conversación en francés aunque no saben escribirlo, y bachilleres que saben escribirlo, y ahora están aprendiendo a pronunciar.

—¿Qué idiomas habla?

—El francés que es el que ahora estamos enseñando. El inglés y el italiano que empezaremos el curso que viene. Y luego el ruso, holandés, chino, noruego y turco.

—¿Ni uno más?

—Bueno, sí. Algo también el español.

—¿Le gustaría volver a Vitoria a trabajar en la continuación de la Catedral?

—Después de terminar en Tudela, y si de ello se encarga la Institución Príncipe de Viana... sería para mí algo maravilloso. Pero es que me estoy sintiendo un poco navarrico, ¿sabe?

La rueda debe estar ya arreglada. El camino que tenemos que recorrer todavía es muy largo, y muy a pesar nuestro tenemos que despedirnos de este vitoriano de vida tan interesante con la que bien se podría escribir una novela de aventuras.

Antes de llegar a la puerta de salida, en el silencio del templo empieza a sonar el martillo sobre el cincel.



Emilio.